



El visionario Sidney Stratton

Se acuerdan de una película llamada *El hombre del traje blanco*? La protagonizaba Alec Guinness, y trataba de las desventuras de un inventor que había descubierto un tejido irrompible, que ni se ensuciaba ni se desgastaba y, por tanto, podía durar toda una vida. Este inventor generoso, de nombre Sidney Stratton, cargaba con la desconfianza y la oposición de empresarios y trabajadores que veían en este descubrimiento una amenaza a su bienestar: si la ropa no se renovaba, sus fábricas tendrían que cerrar. Stratton, desesperado, debía huir de las hordas que le perseguían a él y al traje prototipo que vestía. El rostro angustiado de Guinness en este filme de Alexander McKendrick se convertiría en símbolo de la comedia inglesa de los estudios Ealing. Era el año 1951, año de desarrollismo.

¡Este sí que era un filme visionario! Lo ratifica el reportaje *Comprar, tirar, comprar*, también llamado *Obsolescencia programada*, que este domingo emitió La 2 de TVE y que ya habíamos podido ver en un *Sense ficció* de mediados de diciembre en TV3. Como dice su título, el reportaje trata de cómo se contradicen los lemas ecologistas de algunas empresas tecnológicas (Apple, por ejemplo) con el hecho de fabricar productos diseñados para que no duren y no puedan reciclarse. A partir del fracaso del invento de la bombilla permanente, que fue boicoteada por los empresarios del sector, este reportaje dirigido por Cosima Dannoritzer repasa algunos casos reveladores que demuestran que esta autodestrucción de los aparatos forma parte de la estrategia profunda del capitalismo avanzado. Para rematar el cinismo de todo el

proceso, el reportaje se traslada a Ghana, donde, con la excusa del envío de aparatos usados para países en desarrollo se esconde la creación de un auténtico cementerio tecnológico.

Producido por Patrice Barrat y Joan Úbeda, este reportaje cultiva uno de los valores de su género: revelarnos algo profundo que no sabemos ver. Se trata de un reportaje sesgado porque sólo intervienen los ya convencidos, pero eso es algo legítimo: el poder económico tiene su propaganda para encubrir estos hechos y un reportaje debe usar todo su arsenal para hacer caer la máscara manipuladora. Puestos a reclamar una voz, encuentro a faltar la de los trabajadores de estas industrias del despilfarro. ¿Han variado su posición respecto a los que se cargaron al pobre Stratton? ¿O son aliados de este anti-reciclaje programado?